Capitulo Decimo.

Tres dias enteros estuvo esperando con la mas viva impaciencia, pero en vano; ni la mas ligera muestra de sumision; al contrario, milord Elmwood

algunas horas despues de esta visita de lord Federico, de que habia parecido tan profundamente afectado, se habia vuelto el mismo que antes; si no es que, desde entonces, se le veia menos caviloso, mas alegre aun de cuando en cuando, y con una alegría que parecia ser muy verdadera. Atormentábase miss Milner y comenzaba á alarmarse; pero hubiera tenido vergüenza de confesar aquellas alarmas humillantes, aun á miss Woodley: sostuvo delante la gente el tono que habia tomado; pero cuando se hallaba sola, caia en una tristeza mas profunda que nunca. Cesó de aplaudirse de haber llevado á su casa á milord

Federico; tembló de que no imaginase él algun pretesto para volver aun; y el peso de todas estas inquietudes de que, por orgullo, no queria hacer participante á su amiga, la abrumaba mas y mas.

Estando una ocasion despues de medio dia en su gabinete de tocador con miss Woodley, y guardando ambas silencio, por no descubrirse mutuamente, la una los pesares que la devoraba, y la otra las inquietudes que no cesaban de ajitarla, llamó con tiento á la puerta uno de los criados de milord Elmwood y entregó una carta á miss Milner. En vista del criado que la llevaba y de la letra del sobre, no

pudo dudar que era de milord Elmwood; la puso sobre el tocador, como si temiese el abrirla.

— ¿Qué le han entregado á vm.? dijo miss Woodley.

— Una carta de lord Elmwood, respondió miss Milner.

— ¡Buen Dios! esclamó miss Woodley.

— Bueno, replicó la otra, me escribe para pedirme perdon, no lo dudo: (y su repugnancia en abrir la carta probaba por el contrario cuanto dudaba).

— ¿No la lee vm. ahora? replicó miss Woodley.

— No, replicó su amiga, toda temblando.

— ¿Quiere vm. comer antes? repuso miss Woodley.

— No, porque si no sé lo que me me dice, no sabré tampoco como conducirme con él durante la comida.

Hubo un momento de silencio; miss Milner tomó la carta, examinó con atencion el sobre y el sello, miró entre los pliegues: parecia querer, con un ojo furtivo, traslucir alguna cosa, sin tener valor para llegar llanamente y de golpe al conocimiento de lo que contenia.

Pudo mas por fin la curiosidad que

cimiento, me escuse nuevas pruebas; cese vm. de insultarme solamente por espacio de ocho dias, con una manifiesta preferencia por otro; pasado este corto espacio de tiempo, me habré despedido de vm. para siempre.

« Voy á recorrer la Italia y algunas otras partes del continente; de allí, me propongo pasar á las Indias occidentales en donde tengo posesiones. No volveré á Inglaterra hasta pasados algunos años, y entonces mas dispuesto, así lo espero, á contraer un empeño que me prescribe el interés de mi nombre, empeño que, alguna vez, me pareció muy dulce, pero de que,

en este momento, quisiera poder dispensarme para siempre.

« Si debo permanecer aquí todavía ocho dias, es con el objeto de arreglar muchos negocios, el mas importante de los cuales es el trasmitir á un amigo cuya rectitud y sensibilidad conozco, todos los actos que me han dado sobre vm. el poder de un tutor. Este amigo al otro dia de mi partida, y sin ninguna palabra de queja ó de reconvencion de mi parte, pondrá estos títulos en sus manos de vm. y en el momento en que me desprendo de las funciones que me se habian confiado, si su mismo padre de vm.

pudiese conocer mis motivos aprobaria mi conducta.

« Al presente, mi querida miss Milner, no permita vm. que un resentimiento afectado, que muestras de desden ó de ligereza turben la calma de que yo quisiera gozar durante estos ocho dias. Condeciéndome lo que le pido, déjeme vm. creer que me hace alguna justicia; que piensa vm. que, desde el momento en que fué confiada á mis cuidados, he cumplido fielmente alguna parte de mis deberes. Si en otros, no he llegado hasta lo que vm. debia esperar de mí, no atribuya mis faltas sino á la debilidad de los medios, y no á descuido alguno voluntario; pero estas faltas cualquiera sea el principio de que hayan dimanado, yo las reconozco, y pido á vm. perdon de ellas.

« Si el tiempo, los viajes y una gran variedad de objetos pueden ahogar en mi corazon los mas tiernos sentimientos, estoy seguro á lo menos de no perder *jamas* este vivo interés que he tomado siempre en su dicha; y en el momento de separarme de vm., la conjuro con una solicitud que no puedo describir, por el amor de vm. y mio, y en nombre de su padre, á que no intente jamas paso alguno importante sin reflexionarlo seriamente.

« Soy, señorita, su mas sincero amigo.

« Elmwood. »

Despues de haber leido esta carta, la dejó caer de sus manos, sin proferir una sola palabra, pero pálida, y con la muerte en los ojos. Parecia haber perdido el movimiento y la vida; miss Woodley, testigo hacia mucho tiempo de todas sus diferentes angustias, no la habia visto jamas en semejante estado.

— No necesito leer esa carta, le dijo, basta mirar á vm. para saber lo que contiene.

— ¡Con qué milord, con solo mirarme, podrá conocer cuanto sufro!

¡El cielo me preserve de semejante cosa! esto seria aumentar mis penas.

Aunque casi no podia menearse, se levantó, se arrimó á un espejo, y procuró tomar un esterior menos capaz de venderla á los ojos de milord. ¡Trabajo inutil! ¡Ay! la serenidad del semblante depende únicamente de la del alma.

— Esfuércese vm. mas bien, dijo miss Woodley, á sentir realmente lo que vm. quiere que sus facciones espresen.

— Así lo haré, respondió ella; yo sabré no sentir mas que un justo orgullo, y el desprecio tan debido al modo con que me trata.

Y era tal su deseo de hacerle ver lo que ella anunciaba, que procuró penetrarse de ello y tranquilizar su espíritu.

—Si, se decia á sí misma, no me quedan mas que algunos dias que estar con él, pasados los cuales nos separamos para siempre. ¡Pues bien! por tan poco tiempo es de mi deber el obedecerle, ó mas bien hacer lo que me manda; y aun me será muy agradable el dejarle una impresion tal que, quizá, pueda disminuir la desventajosa opinion que tiene de mí. Si, en cualquiera otra ocasion ha sido reprensible mi conducta, en esta á lo menos, quiero merecer sus elogios.

Sabré soportar á sus ojos el destino que yo misma me he formado; le probaré que una muger que tan desgraciadamente le ha mostrado toda su debilidad, conserva aun algun valor, el valor de despedirse de él, sin manifestar ninguna angustia afectada ó real, aunque deba ser mi muerte, un momento despues, la fatal consecuencia.

Tales fueron sus resoluciones, y así las puso por obra. El mas severo juez no hubiera podido hacer reconvencion alguna á su firmeza, desde el momento en que recibió la carta de milord Elmwood. Es cierto que de cuando en cuando, sentia accesos de

debilidad, pero sabia combatirlos al punto, y vencerlos casi siempre.

La primera vez que le vió despues de esta fatal carta (fué en el mismo dia por la tarde), tenia un pequeño concierto de aficionados, y estaba cantando acompañándose ella misma, cuando entró milord. Los conocedores notaron al punto que salia de tono; pero milord no era conocedor y no lo advirtió.

Por la noche tuvieron muchas ocasiones de hablarse; pero solo recayó la conversacion sobre asuntos indiferentes, advirtiéndose en ella mas urbanidad que soltura. Para dar una idea del modo de conducirse de milord Elmwood, ostentaba como en la carta, respeto, benevolencia, serenidad y decision. Hubo algunas personas á cenar, lo que les ahorró el embarazo de hallarse casi solos frente á frente uno de otro.

Al dia siguiente desayunaron separados, y en la comida hubo mucha gente. La hora de la tertulia y al tiempo de cenar estuvo fuera milord.

De este modo pasaban los últimos momentos tan tranquilamente como él los habian deseado, y miss Milner no se habia aun desmentido un solo instante. El tercer dia, fué numerosa la compañía que hubo á comer.

—Milord, dijo uno de los convida-

dos, ¿se ha fijado decididamente su partida de vm. para el martes por la mañana?

Se estaba el viernes.

— Sí, respondió Sandford, al mismo tiempo que milord Elmwood; y Sandford (pero no su amigo), miró á miss Milner. En cuanto á esta, la mano que llevaba á la boca hizo un ligero movimiento, pero ninguna otra emocion indicó el estado de su alma.

— ¡Ah! mi querido Elmwood, temo mucho que vm. nos va á traer aquí una esposa estrangera, y yo no se lo perdonaria á vm.

— Sin duda, dijo un tercer convidado, yo creo firmemente que ese es el objeto de su viaje.

Apresurándose Sandford á prevenir su respuesta, esclamó: — ¿Y qué razon podrá impedirle que tome una esposa estrangera? ¿No se casan así los reyes? ¿y hay muchos hombres mas felices en su vida doméstica, que ciertos reyes que conocemos?

Milord Elmwood miró al lado opuesto al sitio en que estaba miss Milner.

— Y vms., señoras, dijo un convidado aldeano, ¿qué piensan de eso? Creen vms. que milord deba dejar la Inglaterra para ir á buscar una esposa? Y fijó la vista en miss Milner como para pedirle su parecer.

Miss Woodley para ahorrar á su amiga el embarazo de responder sobre un objeto tan delicado, se apresuró á satisfacer por sí misma á la pregunta.

—Señor, dijo ella, en cualquier sitio que se case milord Elmwood, no dudo que será feliz.

—¿Y vm., señora, que dice á eso? replicó el aldeano, fijándose de nuevo en miss Milner.

—Que en cualquiera sitio que milord Elmwood se case, *merece* ser feliz, respondió esta, con mucho imperio sobre su voz y su actitud; porque hablando la primera, miss Woodley le habia dado tiempo de reponerse.

Al pronunciar ella estas palabras se

encendió el rostro de lord Elmwood, y miss Woodley creyó aun ver algunas lágrimas en sus ojos.

En cuanto á miss Milner dirijió los suyos por otro lado.

Un instante despues halló medio milord de cambiar el objeto de la conversacion: pero de cuando en cuando volvieron á salir á la palestra los preparativos de su marcha. El número de caballos, de criados y de coches que llevaria, de todo se habló con la mas exacta precision; y se vió precisada miss Milner á oir todos aquellos pormenores de un viaje cuya idea sola le hacia estremecer.

Despues de comer se retiraron las

damas, y, desde aquel momento, aunque la conducta de miss Milner fuese la misma, su aire y el sonido de su voz parecieron enteramente alterados; por cuanto hay en el mundo no hubiera podido dar la menor señal de alegria, ni hablar con alguna vivacidad. Con frecuencia comenzaba en un tono, y tres palabras despues, habia tomado ya otro; su semblante no era el mismo, sus ojos habian perdido su brillo, sus labios la facultad de moverse, su cabeza no se sostenia ya, y le era indiferente todo cuidado de si misma. No ignorando cuan demudada estaba, y conociendo mucho mejor aun las penas secretas que habian obrado este

cambio, hubiera querido ocultarse á los ojos del único hombre para quien ella hubiera deseado ser hermosa. Encerrábase en su cuarto, sola ó con miss Woodley; y hubiera desde entonces cesado de presentarse, si esta conducta hubiera sido compatible con los deberes de la urbanidad, que le imponian como ley los deseos de su tutor.

Estaba miss Woodley tan conmovida de las penas de su amiga, que, si no hubiera sido convencido de que la inflexibilidad de milord resistiria á todos sus esfuerzos, se hubiera arrojado á sus pies y le hubiera suplicado con todo encarecimiento, el que diese

entrada de nuevo en su corazon á sus primeros sentimientos, como el único medio de salvar de una muerte cierta á su querida pupila; pero el conocimiento que tenia del caracter de milord, la palabra que él habia dado á Sandford de ser inflexible en la resolucion que llegase una vez á tomar, y los planes de viaje que tenia formados, todo le probaba que el único resultado de su humilde paso, seria esponer el amor y la delicadeza de miss Milner á los mas vergonzosos desdenes.

Si la partida de milord Elmwood no era todos los dias, el asunto de la conversacion (asunto que él procuraba evitar), todos los dias por lo menos, se presentaba á los ojos ó á los oidos de miss Milner algun nuevo preparativo; y la vista del espectro mas espantoso le hubiera producido menos horror, que cuando al pasar por casualidad por alguna sala, vió baules y cofres clavados y liados en disposicion de enviarlos á Venecia. A este espectáculo huyó, sin hacer cuenta de los que estaban con ella, y corrió á ocultar sus lágrimas en el sitio mas retirado de la casa. Allí apoyó su cabeza entre sus manos, inundándolas de lágrimas y procurando borrar de su memoria la horrible imagen que la perseguia. En aquel momento oyó pasos junto á ella en un sitio en que se

creia lejos de todo el mundo; levantó los ojos y vió á milord Elmwood. El primer sentimiento de miss Milner fué el orgullo, orgullo que le inspiraba la vergüenza del estado en que se presentaba delante de él.

Ella lo miró como para decirle: — ¿Que me quiere vm. ahora milord?

Y él se inclinó como para responderle:

— Perdone vm. el haber turbado su soledad; y se retiró inmediatamente.

Ambos se entendieron perfectamente aunque ninguno de ellos hubiese hablado una sola palabra.

La justa interpretacion que dió ella al silencio de milord, la reanimó por

un momento; agradeció mil veces al cielo de haberle proporcionado aquella ocasion para convencerla de su profunda indiferencia y del desprecio que hacia él de sus lágrimas.

El dia siguiente era víspera del de su partida, del en que debia despedirse de Dorriforth, de su tutor, de milord Elmwood, de todas sus esperanzas á la vez.

El lunes por la mañana, en el momento en que se despertó, la idea de que aquel dia era acaso el último que lo veria, hizo callar en su alma todo el resentimiento que la conducta de milord habia escitado la víspera; olvidando sus desdenes y lo que el dia

anterior habia llamado mas de una vez sus crueldades, solo se acordó de todas las pruebas que habia recibido de su amistad, de su afecto, de su amor; estaba impaciente de verlo, y se propuso, no descuidar ocasion alguna de estar con él á lo menos en aquel último dia. Con este designio, no desayunó en su cuarto, como lo acostumbraba hacia quince dias, sino que se fué al comedor en donde todo el mundo estaba reunido. Palpitó ella de júbilo, cuando al abrir la puerta oyó la voz de su tutor; pero el sonido mismo de aquella voz la hizo temblar hasta el punto de no poder apenas adelantarse hasta la mesa.

Miss Woodley la miró en el momento en que ella entraba; y jamas habia esperimentado tanta pena en verla, porque jamas la habia visto tan demudada.

Al aproximarse, hizo miss Milner una inclinacion de cabeza á madama Horton, y en seguida á su tutor, segun lo tenia de costumbre cuando á la mañana los veia por la primera vez. Milord la saludó y fijó en ella la vista; luego volvió los ojos hácia la chiminea, pasó la mano por la frente, y se puso á hablar con M. Sandford.

Este, durante el desayuno, dirijió por casualidad los ojos hácia miss Milner; quedó asombradode la altera-

cion de sus facciones, y miró á milord por ver si la observaba tambien. Estaba milord mirando á otra parte, aunque ocupaba de tal manera las ideas de miss Milner, que esta no notó que Sandford tenia fijos los ojos en ella.

Un momento despues, indicó madama Horton que estaba muy hermosa la mañana.

— Yo creo, dijo milord, haber oido llover esta noche.

— Por lo que á mí toca, dijo Sandford, dormia demasiado bien para haber oido nada; y entonces de su propio movimiento, ofreció bizcochos á miss Milner. Era la primera vez que en toda su vida le habia ofrecido cosa alguna, por lo que pareció tan estraño á miss Milner que no pudo dejar de sonreirse y tomó al punto un vizcocho por reconocimiento á su atencion. Aunque el tono de Sandford fuese tan severo como de costumbre parecia sin embargo un poco menos seco. Miss Milner no comió lo que habia tomado por política; un momento despues lo puso sobre el plato.

Concluido el desayuno, salió milord y no volvió á comer.

Al tiempo de comer, dijo madama Horton que esperaba que milord los acompañaria á cenar. — No lo dude vm., respondió Sandford, porque a-

penas podrá verlo ninguna de vms. mañana por la mañana; saldremos poco despues de las seis.

Sandford no debia hacer el viaje con milord Elmwood; contaba solamente con acompañarlo hasta Douvres.

Estas palabras que acababa de decir, *no podrán vms. ver á milord mañana por la mañana*, y la idea de que una vez pasada la noche, no lo veria mas, fué para miss Milner un golpe mortal. Estaba prójima á desmayarse, si por fortuna en aquel momento no le hubieran llevado un vaso de agua á Sandford. Tomólo ella de mano del criado y lo bebió casi entero. Al volver el vaso, comenzó á dar algunas escusas á Sandford, pero este interrumpiéndole le dijo con un tono muy político:

—No se ocupe vm. de eso, estoy muy contento de que vm. lo haya tomado.

Lo miró ella por observar si su política era efecto de ironía; pero antes de haberse asegurado de ello, olvidó á Sandford, y la idea de milord Elmwood vino luego á apoderarse de toda su atencion.

Parecióle el tiempo muy largo hasta el momento de su vuelta, pero cuando consideraba cuan corto seria desde aquel momento el resto de la noche,

hubiera deseado que no llegase en mucho rato; volvió á las diez, y á luego se pusieron á la mesa solos los de casa sin ningun forastero.

Habia considerado miss Milner que si le era muy penoso el papel que habia representado hasta entonces, á lo menos no tenia que sostenerlo mas que algunas horas, y se prescribió á sí misma el no desmentirse cuando se aproximaba al término. La certeza de que todo acabaria muy pronto de un modo ó de otro la animó á redoblar los esfuerzos, lo que era seguramente necesario, porque su debilidad iba tambien en aumento. Tomó pues á pechos el escuchar lo que se le decia, responder á ello, sonreirse aun, cuando se sonreian, y pareció su tranquilidad tan natural como la de los demas convidados.

Era mas de media noche, cuando miró su relox milord Elmwood: se levantó al punto, se aproximó á madama Horton y tomándole la mano: —Hasta la vista, señora, le dijo; deseo con toda sinceridad que sea vm. feliz.

Miss Milner fijó la vista sobre la mesa que tenia delante.

—Milord, replicó madama Horton, yo deseo tambien á vm. salud y felicidad.

Fué en seguida á miss Woodley, y

tomándole la mano, le repitió poco mas ó menos las mismas palabras que habia dicho á madama Horton.

Miss Milner comenzaba á temblar tan fuerte, que era visible su emocion.

— Milord, respondió miss Woodley muy afectada, espero que serán oidas mis plegarias por su felicidad de vm.

Esta y madama Horton estaban de pie, así como tambien milord, pero miss Milner permaneció sentada hasta que vió á su tutor volverse hácia su lado y venir á ella; entonces se levantó. Atenta la compañía á lo que él iba á decir, y al modo en que ella le responderia, fijó los ojos en uno y otro,

y esperaba con impaciencia. Salió fallida la esperanza, no pronunció una sola palabra; únicamente tomó su mano y la tuvo apretada entre las suyas, y luego saludándola en el tono mas respetuoso se alejó de ella.

Ni estas palabras: *¡Qué sea vm. feliz! Deseo su dicha de vm. ¡Plegue al cielo colmar á vm. de sus bendiciones!* ni aun la de *Adios* se escapó de sus labios. Quizá aun cuando hubiera querido, no hubiera podido articular la menor palabra.

Habia conservado miss Milner toda la noche su valor, y no la abandonó hasta el momento en que milord se separó de ella. Entonces se llenaron

sus ojos de lágrimas, y, en las angustias de su corazon, no sabiendo ya lo que hacia, echó su mano fria y trémula hácia la persona que estaba á su lado. Se halló con Sandford, y sin reparar que era él, tomó su mano con violencia; no la retiró este sin embargo, parecia haber perdido su dureza ordinaria. Miss Milner permaneció en aquel estado muda é inmovil hasta que milord Elmwood, despues de haber saludado á todo el mundo, hubo salido de la sala.

Sandford tenia aun la mano de miss Milner en la suya; y cuando se hubo cerrado la puerta tras de milord Elmwood, volvió la cabeza hácia miss Milner para mirarla de frente; pero la volvió al punto, con señales de temor por el estado en que la veia. Esforzóse aun esta por vencer su debilidad, y dando un profundo suspiro se sentó, como resignada en su suerte.

Despues de algunos minutos de un silencio general, se volvió aun Sandford hácia miss Milner, que estaba siempre á su lado pálida y exánime: — ¿Quiere vm., le dijo, desayunar con nosotros mañana por la mañana?

No hubo respuesta.

— Nosotros no desayunaremos antes de las seis y media, puedo asegurarlo; y si vm. pudiese levantarse

tan temprano... ¿No podrá vm. hacerlo?

— Miss Milner, dijo miss Woodley (que conoció que la esperanza de volver á ver á milord Elmwood podria á lo menos hacer pasar á su amiga una noche menos desgraciada), miss Milner, suplico á vm. que se levante mañana para la hora del desayuno; cuando M. Sandford la convida á vm. á ello, sin duda está seguro de que eso no puede desagradar á milord Elmwood.

— Ni á mí tampoco, respondió Sandford con su acostumbrada política.

— ¡Pues bien! prevenga vm. á su

doncella que la despierte á las seis, dijo madama Horton á miss Woodley.

— Se la despertará, yo respondo de ello, dijo la sobrina.

— No, replicó miss Milner, puesto que milord Elmwood ha juzgado á propósito el despedirse de mí sin decirme una sola palabra, á mi turno, yo no quiero volverlo á ver; y sus lágrimas comenzaron á correr con tanta violencia que su corazon parecia dispuesto á seguirlas.

— ¿Por qué no le ha hablado vm.? replicó Sandford. ¿Vm. misma le ha dicho por ventura Adios? Yo no encuentro porque haya mas reconven-

ciones que hacer de una parte que de otra.

— Yo no he tenido fuerza para decirle que deseaba que fuese dichoso, esclamó miss Milner, pero el cielo me es testigo de cuanto lo deseo en el fondo de mi corazon.

— ¿Y cree vm. que él no tenga los mismos deseos para con vm.? respondió Sandford. Juzgue vm. de su corazon por el de vm. misma, y lo que vm. siente por él, crea vm., mi querida, que él lo tiene por vm.

Aunque *mi querida* sea una espresion muy comun, es muy agradable sin embargo el oir estas dos palabras en boca de ciertas gentes y en ciertas ocasiones. M. Sandford las usaba muy rara vez, con cualquiera que fuese, con miss Milner jamas..... Y por su parte en aquel momento esta espresion tenia muy grande precio.

Miss Milner le dirijió una mirada llena de reconocimiento; pero como no hizo mas que mirarlo sin decir una sola palabra, se levantó, y con una benevolencia que jamas habia tenido para con ella, le dijo: — Yo deseo á vm. de todo mi corazon una buena noche.

En el momento en que él estuvo fuera de la sala, esclamó miss Milner: — Aunque los malos oficios de M.

Sandford hayan podido acelerar mi desgraciado destino, sin embargo el interés que acaba de manifestarme le asegura para siempre mi reconocimiento.

— ¡Ah! esclamó á su turno madama Horton, M. Sandford cree en este momento manifestar á vm. su amistad sin consecuencia alguna. Al presente que milord Elmwood va á alejarse para siempre, no ve peligro en permitir que vm. lo vea aun una vez. Y ella creyó por medio de esta observacion hacer el elogio de M. Sandford.

Capitulo Undécimo.

Al retirarse á su cuarto miss Milner la siguió miss Woodley, que no quiso dejarla en toda la noche; pero esta se empeñó en vano en hacerla acostarse.